

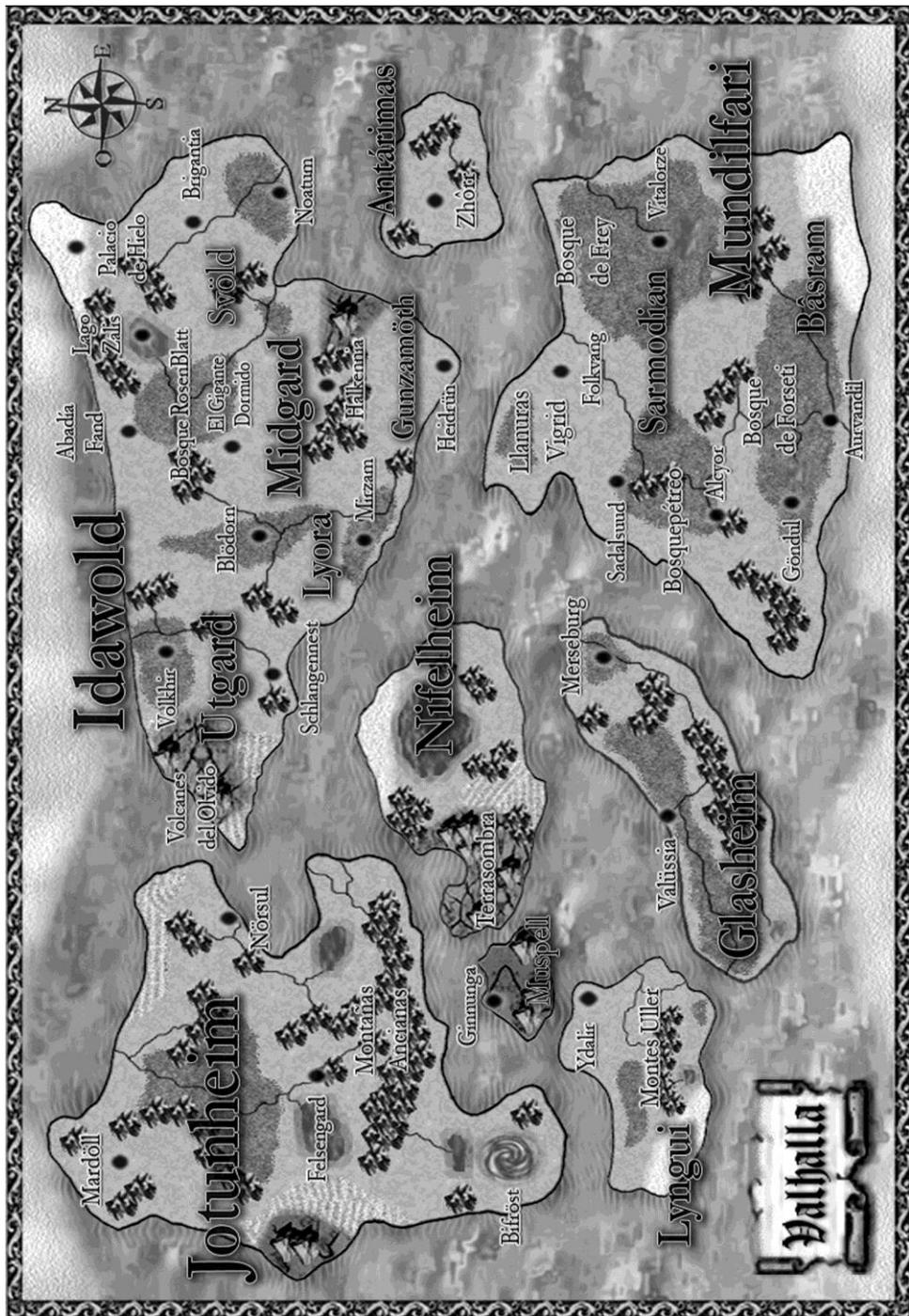
EL CANTO DE LAS  
VALQUIRIAS

Miguel Pérez-Bermejo Galilea

*A los soñadores, músicos y románticos que aún quedan en el mundo,  
a los familiares que nos cuidan,  
a los amigos con los que compartimos la vida,  
y sobre todo a ti, mi querida valquiria.*

*Gracias por darme la fuerza para terminar esta obra.*

*Os miro de cerca y sonrío.  
Este libro es vuestro y mío*



# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Cap. 1: El Violín de Fortuna .....	13
Cap. 2: La Prisión Volcánica .....	25
Cap. 3: El Diario del Mago Rubí .....	38
Cap. 4: El Cazador .....	54
Cap. 5: Linaje .....	72
Cap. 6: Ulrich el Viejo .....	88
Cap. 7: El Tesoro de la Ciudad Prohibida .....	100
Cap. 8: Xenofobia .....	116
Cap. 9: La Mayor Fiesta Nunca Antes Vista .....	131
Cap. 10: Berserker .....	146
Cap. 11: Los Gigantes del Hielo .....	161
Cap. 12: La Esfera de Alvis .....	177
Cap. 13: Abominación .....	194
Cap. 14: El Inframundo .....	210
Cap. 15: Inmortal .....	227
Cap. 16: El Mendigo Errante .....	247
Cap. 17: El Jardín de las Tres Rosas .....	269
Cap. 18: Die reine Wahrheit .....	289
Cap. 19: La Sombra del Carnero .....	307
Cap. 20: Ave Fénix .....	325
Cap. 21: Arma de Destrucción Masiva .....	347
Cap. 22: Magia Prohibida .....	365
Cap. 23: Ouroboros .....	386
Cap. 24: La Muerte Alada .....	408
Cap. 25: Wiegenlied .....	427
Cap. 26: Siegfried .....	447
Cap. 27: Batalla en las Llanuras .....	468
Cap. 28: Hacia el Abismo .....	490
Cap. 29: Canción de Guerra .....	506
Epílogo .....	530
Glosario .....	538





## PRÓLOGO

*5 de Diciembre de 1675, Montes Uller*

**N**ieve, agua, viento, jadeos, frío y más nieve. La furia de la ventisca lo azotaba continuamente y aunque el gélido aire lo penetraba hasta los huesos, no se detenía por nada, continuaba avanzando montaña arriba. Ese año era el más frío que podía recordar, y aunque por el camino, en el valle, había visto como las nieves comenzaban a fundirse, en los Montes Uller el invierno aún se revolvía con fiereza, negándose a ceder su trono a la primavera. Aquel etéreo enemigo lo amenazaba de muerte, pues él era un lobo viejo, de pelaje ya blanco, con vistosas cicatrices de batalla y hacía días que no probaba bocado. Pero aunque el hambre le retorció el estómago, él era tan indomable como el agonizante invierno que lo golpeaba. Sabía que había vivido cosas peores, así que eliminó todo temor y avanzó hacia su objetivo.

De pronto se detuvo, olisqueó el aire, agudizó la vista en medio de la tormenta y por fin, divisó algo que le causó un gran regocijo. Era un ciervo maduro, grande, fuerte, sabroso. Antes jamás cazaba solo, pero aquellos tiempos más felices quedaron olvidados tiempo atrás, y ahora se había acostumbrado a esta nueva y solitaria vida. Decidido, se abalanzó sobre el animal, que se hallaba confundido y cegado por las inclemencias del clima, y lo abatió rápidamente para luego desatar sus instintos. Tal como era su costumbre, el lobo miró fijamente a aquel ciervo adulto a los ojos mientras le arrebató la vida, y al poco rato, la nieve adquirió una tonalidad parda mientras la bestia saciaba su hambre. Pero un temblor interrumpió su festín. Sobresaltado, el lobo se giró, miró en varias direcciones y olisqueó de nuevo. El aire llevaba un olor peculiar, que él conocía bien.

El olor a carne humana quemada.

El viejo lobo avanzó por la helada llanura y no tardó en llegar hasta un acantilado cercano para contemplar las laderas del norte, y divisar así una

aldea envuelta en llamas y a través de la cual fluían ardientes ríos de lava volcánica.

Meneó la cabeza, pensando en que aquello no era común.

«No hay volcanes en Lyngvi», pensó.

Entonces, la tierra rugió nuevamente, el blanco suelo se inundó de grietas de luz anaranjada y el ambiente se impregnó de un calor inusual que auguraba muerte. Desde su posición, el lobo pudo contemplar a numerosos hombres, ancianos, mujeres y niños que corrían aquí y allá. Unos gritaban aterrados, otros se retorcían ardiendo, otros yacían inmóviles, calcinados, y todo aquello le resultó horrible al infatigable cazador, de modo que prefirió no seguir mirando. Avanzó rodeando el mar de llamas con intención de proseguir su marcha, pero de pronto, una flecha le silbó en la oreja derecha. Un par de arqueros lo apuntaban, gritando en el idioma humano, lengua que no obstante él comprendía.

—¡Matémoslo! —dijo un arquero—. ¡Su especie es la responsable!

—¡Malditos seáis todos los lobos, en el nombre de Odín! —gritó otro hombre.

El anciano lobo los contempló enojado, pues nunca le había apetecido matar hombres. Pero éstos le amenazaban, pues volvieron a dispararle. Alguno se le acercaba sigilosamente con una lanza, otro con su espada alzada, pero hoy no le darían muerte, pues era muy ágil. Tal vez demasiado.

Antes de que los arqueros volvieran a tensar sus arcos, él ya los había degollado. Antes de que el guerrero y el lancero le atacaran, él ya los había despeñado por el acantilado. Pero la tierra se retorció de dolor y el suelo volvió a sacudirse nuevamente, cediendo bajo él, por lo que cayó varios metros. Afortunadamente, su agilidad le permitió brincar entre los salientes de la ladera a medida que descendía junto a la maltrecha aldea. El brillo rojizo de la lava y las llamas le iluminó y dio calor, pero bien sabía que si se quedaba también moriría, así que oteó el horizonte, divisó un camino lejos de las llamas y se dirigió hacia él.

A su paso, observó que aunque casi todos los habitantes de la aldea ya estaban muertos o gravemente heridos, alguno había conseguido huir, dejando un rastro de sangre dibujado en la nieve tras de sí, que se alejaba de la catástrofe en dirección noreste, cual serpiente herida. El anciano lobo se acercó a la sangre y la olió. Había en ella un olor especial, una fragancia dulce, embriagadora, que lo desconcertó. Es por ello que se determinó a seguirlo, llevase a donde llevase. Así, al cabo de unos minutos, la tormenta se detuvo, dejando un mortificante silencio tras de sí y haciendo el sendero rojo más y más visible, hasta que al final, le condujo hasta a un hombre y una mujer inertes sobre la nieve, cubiertos de sangre. Se agazapó junto a los cadáveres y los examinó minuciosamente, olfateando y saboreando su sangre, constatando que estaban muertos, pero sin quemaduras. Habían sido, por tanto, asesinados.

Súbitamente, un alarido lo puso en alerta. Corrió en dirección al grito y entonces se encontró con una insólita escena. Ante él había un hombre alto y corpulento, con el rostro oculto por una máscara en forma de calavera y ataviado con una capa negra adornada con un pentagrama rojizo, símbolo de la Brujería. Tenía una daga en sus manos y los ojos inundados de odio, y frente a él, había una niña rubia, que olía como la pareja sin vida que había visto antes sobre la nieve, por lo que debía ser su hija. La pobre chiquilla tenía la cabeza gacha, la mirada perdida y parecía temblar de miedo, seguramente debido al horror que había presenciado. El asesino de sus padres se acercó entonces a ella con intención de añadir un crimen más a su lista. La daga fue blandida, silbó el aire... y un brazo seccionado cayó sobre la blanca nieve.

El hombre enmascarado gritó, adolorido y sorprendido por el rápido y brutal ataque de la bestia ante él. Alzó su otro brazo y lanzó un sortilegio oscuro contra el lobo, pero aunque consiguió impactarle de lleno, la bestia no se detuvo, pues odiaba a los brujos especialmente, así que continuó corriendo hasta embestirlo con fuerza, tumbándolo sobre la nieve. El enmascarado volvió a gemir, sintiendo que varias costillas se le habían astillado, pero aun así consiguió realizar un contrataque con otro conjuro, hiriendo nuevamente al anciano lobo. Pero aunque la bestia sentía gran dolor, y estaba ensangrentada, no se detuvo, rugió desatando su cólera y sin dejar de mirar a los aterrados ojos negros del enmascarado ni un instante, se lanzó contra él para morderle en el cuello. Pero el hombre reaccionó con gran rapidez, llevándose la mano al rostro y recitando un nuevo hechizo.

—*Raumkrümmung!*—gritó el brujo, y desapareció sin dejar rastro alguno.

El lobo se detuvo jadeando y miró a su alrededor para comprobar que aquel brujo no reaparecía, y luego miró a la niña. La había salvado, aunque ignoraba por qué, y de pronto, pensó que si quisiera podría atacarla ahora, estando tan indefensa y tan frágil. Su piel parecía muy suave, su carne, tierna. Sería algo tan sencillo... Pero entonces, ella levantó la vista y lo miró con sus dorados ojos, los más preciosos que él hubiera visto antes. Los verdes ojos de la bestia la miraron con estremecimiento, y sus miradas se entrecruzaron, haciendo que sus corazones latieran al unísono, reviviendo en la bestia extraños recuerdos del pasado que ignoraba siquiera poseer. Nadie pudo haber dicho quién era la víctima y quién el verdugo. El lobo, cansado, jadeó nuevamente y se arrodilló sobre el frío y blanco manto. Estaba malherido y sabía que en su estado, el frío del lugar sería mortal. Pero la niña, lejos de todo temor, se le acercó. Sus ojos volvieron a encontrarse un fugaz instante e inundado de una sensación inusual de paz se quedó inmóvil, sumiso, expectante. La niña extendió sus manos y las puso sobre él. Y entonces comenzó a cantar:

*Himmel und Erde müssen vergeh'n,  
aber die Musici bleiben bestehn*

Era el canto más bello que jamás hubo escuchado. Un canto tan maravilloso, tan puro, tan mágico, que las malignas heridas producidas por la magia oscura del brujo sanaron de inmediato. La bestia se incorporó atónita, había oído ese canto hace mucho tiempo y ni siquiera recordaba dónde ni cuándo. Se irguió con mayor vigor que nunca, miró de nuevo a la niña y le susurró su nombre y su agradecimiento. Y para su sorpresa, ella le susurró el suyo. Ambos se miraron fijamente durante un largo momento que parecía no tener fin, hasta que la tierra fue sacudida con un nuevo temblor. El anciano lobo meneó la cabeza. No podía quedarse allí con aquella niña, por mucho que quisiera, así que reanudó su marcha hacia el norte. Todavía le quedaban otros dos días de camino para llegar hasta Ydalir, donde se decía que se hallaba prisionero el legendario Fenrir, señor de todos los lobos.

Al cabo de un rato, sin embargo, se detuvo en medio de los nevados campos, y pensó en aquella prodigiosa niña de cabellos rubios y ojos dorados.

«Aún conservo mi orgullo de lobo. No había honor en matar a una chiquilla indefensa», se dijo a sí mismo. Pero pasado un rato, comprendió mejor lo que había sucedido y lo que ahora sentía. Sabía que el encuentro no había sido casual y que irremediamente sus caminos volverían a encontrarse. Y también sabía que desde que sus ojos se cruzaron, había perdido toda batalla contra ella.

Él quizás pudo intentar arrebatarle la vida.

Pero ella ya le había robado el corazón.



## CAPÍTULO UNO EL VIOLÍN DE FORTUNA

*22 de enero de 1679, reino de Midgard*



Cualquier viajero que atravesaba el condado de Adler se detenía siempre en la posada del Gigante Dormido, atraído por su bella música y su succulenta comida. Pero lo que todos los viajeros destacaban de su estancia allí no eran las dulces melodías que Bernard Meissner, dueño del local, tocaba con su laúd, ni tampoco la extensa carta de platos que cocinaba su esposa Bertha. No, lo que recordaban mejor y les hacía volver siempre eran las galletas de la abuela Elizabeth, y eso que, a simple vista, no eran diferentes a cualquier otra galleta. Redondas, diminutas, de color dorado oscuro y llenas de puntitos de color negro, tenían un gusto tan sabroso que difícilmente se podía describir, aunque un trovador ambulante las definió como “suaves bocaditos de nube con frescor a menta y regusto a delicioso chocolate”. Pronto se las comenzó a conocer como “Galletas del Buen Viaje”, pues los que las comían aseguraban que les traían suerte en su travesía. Llegaron a ser tan famosas que hasta el conde Ferdinand quiso probarlas personalmente, quedando impresionado. Pero cuando le pidió la receta a Elizabeth, ésta se negó.

—Podría daros la receta, mi señor —dijo ella—, pero el resultado no os sería nunca satisfactorio y vuestros cocineros acabarían por obsesionarse con ello para evitar no ser despedidos.

Y es que aunque la receta era algo laboriosa, el verdadero secreto residía en las manos de la abuela Elizabeth. Su técnica de amasado, el cariño con que las preparaba y la exactitud de cálculo para su horneado, eran algo que no podía repetirlo ningún otro cocinero. Aunque ella siempre le decía a su nieto Viktor que si le salían tan ricas era porque sus manos poseían una antigua y poderosa magia.

Y fuera cierto o no, la verdad es que la familia Meissner logró prosperar durante varios años gracias a su arte, ya fuera musical o culinario. El joven Viktor Meissner, hijo único de la pareja dueña de la posada, era un simpático y bonachón niño de pelo rojo como el fuego y ojos verdes esmeralda, y estaba más interesado en la música que en la cocina. Recibió su primer violín de su abuela como regalo por su séptimo cumpleaños y desde aquel inolvidable día, el chico practicó noche y día con el instrumento, fabricado

en madera de cedro y de color rojo oscuro, logrando dominarlo a los nueve años.

—Abuelita —dijo el niño—, ¿crees que podré componer melodías algún día?

—Oh, querido —dijo Elizabeth—, claro que sí. Algún día tocarás para los nobles y tu música será famosa.

—¿Tan famosa como tus galletas? —dijo Víktor riendo y abrazándose a su abuela cariñosamente.

—Por supuesto que sí, mi niño —le dijo Elizabeth, acariciándole la cabeza—. Ése es tu destino.

—Entonces seguiré practicando sin descanso, abuelita.

Víktor había practicado desde los nueve años, mientras los días se convertían en meses y los meses en años, hasta que aquel día, al poco de cumplir los doce, iba a dar por fin su primer recital de violín en la mansión del conde Ferdinand Adler, situada en el centro de la tranquila ciudad de Blödorn.

—¡Espléndida melodía, muchacho! —dijo aplaudiendo el conde.

—¿Cree que podré tocar algún día en la corte del rey, mi señor?

El conde soltó una sonora risotada pero los demás nobles presentes lo miraron con gesto serio, casi enfadado.

—Eres bueno, sin duda —dijo un noble—, pero me temo que no lo suficiente para tocar ante su majestad Alberich.

—Pero... —dijo titubeando Víktor.

—Nuestro rey tiene ya bastantes problemas —dijo otro noble en tono grave—. El último invierno fue demasiado crudo y ahora nuestras cosechas lo están pagando caro, lo que nos impide competir contra los ricos comerciantes elfos del reino Sarmodian.

—Sin mencionar que el vecino reino de Utgard —dijo otro de los nobles, rascándose la barba—, ha estado aumentando sus ejércitos de forma sospechosa estos últimos cinco años. Quién sabe para qué quiere el rey Konrad tantos soldados...

—Caballeros, por favor —dijo el conde frunciendo el ceño—, no asustemos a nuestro joven invitado. Tú no te preocupes, Víktor. Seguro que si sigues practicando y dando recitales por el reino, al final el rey se interesará por ti tal y como yo he hecho. De todos modos, mañana tengo una audiencia con su majestad, de modo que intentaré mencionarte, ¿de acuerdo?

A Víktor le caía realmente bien el conde, pues era alguien afable, sabio, interesado por el arte y muy respetuoso con sus súbditos. Le devolvió la sonrisa, inclinó la cabeza y se retiró del lugar.

—Soldados, nobles, política... —murmuró el joven para sí—. ¡Bah! A mí solo me interesa la música.

Sumido en sus pensamientos, caminó hasta su hogar, llegando al anochecer. Allí encontró algo inusual, una multitud de forasteros que nunca antes había visto.

—¡Hola, hijo! —le dijo con entusiasmo su padre Bernard—. Pasa y ayúdanos a servir a toda esta gente.

Víktor fue a la cocina y le dio un beso a su madre y otro a su abuela, que cocinaban sin parar.

—Esta noche la taberna está más movida de lo normal —murmuró él.

—La mayoría son mercenarios, Vik —dijo en tono seco su madre Bertha—. Han debido ser contratados para venir a luchar por alguna estúpida causa. Lo más gracioso es que ni tan siquiera creo que lleguen a creer en ella, sólo en el dinero que les pagan.

—Bertha, querida, no levantes la voz —dijo Elizabeth—. No tienes nada que temer, mi niño, esta gente no es nuestra enemiga. Viajan al sur, a la guerra entre los reinos Lyora y Gunzamöth.

Al escuchar la palabra guerra, Víktor sintió un escalofrío. El pensamiento de seres vivos matándose los unos a los otros sin tregua de forma violenta era algo que siempre le había horrorizado. «¿Por qué tiene que haber guerras?», pensó. «¿Por qué la gente no puede dedicarse más al arte o la cultura que a exterminarse mutuamente?», se dijo, mientras cogía un par de platos para servirlos a una mesa cercana, donde se sentaban dos seres enormes. Vestían pieles de oso, tenían anchos y musculosos brazos, cortas barbas de color castaño y unos ojos negros que lo miraban fijamente.

—Ya era hora, midgardiano —dijo uno de ellos—. Me moría por comer algo de venado asado.

Víktor se los quedó mirando pensativo, pues dedujo que aunque parecían humanos como él, no lo eran.

—Son nhäruas —le susurró su padre—. Una raza de guerreros que viven en las Montañas Ancianas del continente Jotunheim.

Víktor asintió a su padre y se apresuró a servir más platos. De esta manera, sirvió fruta fresca a un grupo de *Elfas Azules* del reino Sarmodian, que iban vestidas con seda morada y armaduras de platino azulado y posteriormente, pato en salsa de limón a tres humanos de pelo canoso, que Víktor reconoció enseguida como magos valüssian debido a las llamativas túnicas multicolor que vestían. Al fondo del comedor había también un grupo de *Elfos del Bosque* del reino Bâsram, vestidos con telas y armaduras que se asemejaban a la corteza de los árboles y sus hojas e incluso había varios lyores, los hombres-león del reino Lyora, ataviados con doradas armaduras y comiendo chuletas de ternera braseadas en una de las mesas más amplias.

De pronto, Bernard Meissner sacó su laúd y tras tocar unas bellas notas que acallaron el murmullo de la sala, alzó una jarra de cerveza.

—Brindo porque tengáis suerte en vuestra empresa, amigos —dijo—. Que la diosa Fortuna haga favorables vuestros pasos.

Los comensales asintieron y alzaron sus jarras con desdén, conocedores de que aquella noche podría ser la última. Víktor, mientras, se escabulló de allí con intención de ir a su cuarto cuanto antes.

—¿A dónde vas, jovencito? —le regañó su abuela.

—Voy a mi cuarto a practicar con el violín, abuela Elizabeth —dijo el muchacho, con cierto enojo en su voz—. Parece que aún no soy lo suficientemente bueno para tocar en la corte del rey. Siento no ayudaros a las dos con la cocina...

—No te desanimes, mi niño —dijo ella limpiándose las manos—. Seguro que tendrás tu ocasión. Ve y practica. Aunque mañana —dijo ella recogiendo una bolsita y una hoz—, vas a trabajar un poco. Me acompañarás al alba a recoger hierbas al huerto.

Víktor asintió, subió las escaleras hasta su cuarto, sacó su violín y se puso a tocar de forma lenta, concentrándose en cada nota, recreándose en la dulzura del sonido que el arco producía, hasta que el sueño venció a su pasión.

Cuando el sol no había hecho más que guiñar un ojo para avisar de su fulgurante mirada, Abuela Elizabeth y él salieron en dirección norte a recoger diversas hojas, aún cubiertas con el rocío matinal. Víktor, que llevaba su inseparable violín de cedro dentro de una caja de madera con correa que llevaba echada al hombro, bostezaba profundamente al tiempo que segaba, con su diminuta hoz, hojas de menta y albahaca, necesarias para la comida del día.

—Víktor, querido, tráeme un poco de la hierbabuena que crece allá en el linde del bosque.

El chico asintió y se adentró en la arboleda perteneciente al Bosque Rosenblatt.

Su abuela le había contado muchas veces que en lo más profundo de éste había un lugar prohibido y peligroso, pero que si se mantenía en su linde estaría a salvo, pues la magia del bosque lo protegería de todo daño. Él creía firmemente en los cuentos que le narraba su abuela, así que se detuvo para no adentrarse más de lo debido y buscó entre los matorrales, pero no halló hierbabuena. Echó un vistazo hacia la arboleda, y en la distancia divisó un grupo de plantas familiares.

—Así que ahí estáis —dijo sonriente.

Víktor se agachó dispuesto a recolectar las hierbas pero entonces algo le golpeó en la cabeza.

—¡Ay! —gritó adolorido—. ¿Qué rayos...?

Era una diminuta bellota, manjar exquisito para las muchas ardillas que allí vivían. Se levantó bruscamente y vio ante él a una niña pequeña vestida

de un blanco que hacía juego con sus cabellos, mirándole con sus ojos azules con gesto divertido y varias bellotas en sus manos.

—¿Quién eres? ¿Por qué...? —comenzó a preguntar Víktor, cuando de pronto la niña le lanzó otra bellota en toda la cabeza—. ¡Ouch! ¡Maldita mocosa! ¡Te vas a enterar!

Víktor salió corriendo a por la chiquilla, pero esta se escabulló rápidamente entre los árboles, adentrándose en la espesura. Él, adolorido y furioso como estaba, no pensó en el posible peligro y la siguió con los puños en alto.

—¡Vuelve aquí, mocosa! —dijo apretando los dientes—. ¡Te voy a enseñar a no lanzar bellotas contra la gente!

Tras un rato corriendo, tropezó con unas raíces y se dio de bruces contra el suelo. Al levantarse miró a su alrededor con cierto nerviosismo. No había ni rastro de la niña, había perdido de vista a su abuela, y lo que era peor, no veía el camino de vuelta. Sin más, comenzó a llamar a gritos a Elizabeth, pero a cada grito, la maleza se agitaba de forma susurrante, dejando luego un misterioso silencio tras de sí. Pero cuando dejó de gritar, distinguió algo en la distancia, una figura encorvada de pelo canoso que le pareció familiar...

—¿Abuela? —preguntó él.

La anciana lo miró en la lejanía y le hizo señas para que lo siguiera.

—¡Abuela! —gritó el chico—. ¡Espera!

La anciana se alejaba de él hacia el interior del bosque y Víktor, extrañado, la siguió con curiosidad. Era bien sabido que todos los midgardianos eran un tipo de humanos astutos y por lo general precavidos, pero Víktor tan sólo tenía doce años, una edad donde la imperiosa necesidad por descubrir era mucho mayor que la sensatez ante el peligro, así que se internó en el bosque hasta llegar ante unas enormes puertas de metal con multitud de zarzas enroscadas en ellas.

Víktor comprendió que se hallaba en un lugar poco recomendable y trató de retroceder.

—Hola, Víktor, te estaba esperando —le dijo una seca voz, sobresaltándole.

El muchacho se giró con los ojos muy abiertos y contempló a la anciana que había estado siguiendo y que ahora tenía delante. Tenía unos inexpresivos ojos azules, un largo pelo blanco enmarañado con alguna que otra hoja seca enredado en él y un vestido harapiento y agujereado que en su día debió ser dorado pero que ahora era de un apagado tono café. Sobre los hombros llevaba un enorme cuerno de color cian que parecía pesado y en la boca llevaba una pipa a la que le daba caladas de vez en cuando.

—Tú no eres... —dijo señalándola.

—Sin duda me has confundido con otra, chico —dijo ella dando una bocanada a su pipa—. Espero no haberte asustado.

—No, no —dijo él, tratando de mentir lo mejor que podía.

La anciana le sonrió ampliamente, y entonces, dejó caer el cuerno y metió su huesuda mano en él para sacar una alargada caja de madera.

—Me gustaría hacerte un regalo, chico —dijo ella.

Víktor la miró desconfiado. ¿Una anciana perdida en medio del bosque que iba por ahí regalando cosas a desconocidos? Sin duda estaba ida, loca, chiflada. ¿Y donde estaba la niña? Tenía que darle un buen coscorrón por gamberra.

—Gracias, señora —dijo Víktor—, pero no acepto regalos de desconocidos, he de buscar a mi abuela, y además...

—No te preocupes por la niña de antes —dijo riendo la anciana—. Además, te conozco bien, Víktor Meissner. Sé que amas tocar el violín y comerte las galletas que prepara tu abuela. ¿Ya has aprendido a prepararlas?

—Eh, yo... —balbuceó Víktor confuso—. ¿Cómo sabe usted eso...?

—Oh, me gusta cotillear, ya sabes —dijo ella riendo, volviendo a extenderle la caja—. Por favor, chico, tómalo, es para ti.

Víktor miró la caja y la cogió dudoso, pero al abrirla sus dudas se disiparon, dando lugar a una emoción indescriptible. En el interior, había un violín con varias joyas incrustadas, finamente acabado en algún tipo de metal de color dorado que parecía resplandecer y cuyas azuladas cuerdas parecían vibrar con sólo mirarlas.

—Es... ¡es maravilloso! —gritó—. Pero el caso es que ya tengo uno. ¿De verdad este violín dorado es para mí?

—Está *destinado* a ti, chico —dijo la anciana sonriendo y volviendo a levantar el cuerno sobre sus hombros.

—Pero ¿por qué me lo da? Nadie regala gratis nada a nadie...

—En eso estamos de acuerdo, chico —dijo la anciana arqueando ambas cejas y sonriendo de nuevo—. Considéralo un pago por adelantado.

Víktor se estremeció y miró de nuevo el violín. Sintió de pronto un imparable deseo por tocarlo, mas se dio cuenta de que faltaba algo.

—El arco no está...

—Bueno, a caballo regalado no le mires el diente —dijo la anciana, dando otra amplia bocanada a la pipa—. Debo haberlo perdido en algún sitio. Y será mejor que lo busques, a Brayhir no le gusta que lo toquen con otro arco que no sea el suyo. Podría molestarse.

—¿Brayhir?

—¡Tu nuevo violín, chico! —dijo la anciana suspirando—. Esta juventud...

Víktor guardó el violín en su caja y miró las férreas puertas de nuevo, sintiendo como si aquellas zarzas llorasen.

—No es momento de que entres ahí —dijo la anciana con mirada seria—, pero recuerda bien este lugar, chico. Y si quieres encontrar a tu abuela, deberás seguir todo recto por el camino que hay tras de mí.

Víktor asintió débilmente y comenzó a caminar, pero aquel encuentro había sido tan extraño que se dio media vuelta y trató de preguntar algo más.

—Oiga, señora, ¿quién es usted realmente y por qué...?

—Vete con tu abuela, chico! —dijo la anciana con voz lúgubre.

Víktor se asustó y salió corriendo como si la vida le fuera en ello. Tanto corrió y con los ojos cerrados que se dio de bruces contra un árbol, cayendo al suelo de espaldas.

—Está claro, hoy es el “día de los golpes” —dijo adolorido.

Cuando se incorporó, miró a su alrededor al bosque, y desde la distancia, contempló cómo su abuela se acercaba arrastrando a un nhärua herido sobre sus hombros.

—¡Abuela Elizabeth! —exclamó.

—¡Oh, Víktor, gracias al cielo que te he encontrado! —dijo Elizabeth—. Vamos ayúdame, está malherido.

—¿Qué ha pasado, abuela?

—Te perdí de vista hace dos horas —dijo ella limpiando las heridas del nhärua—. ¿Dónde has estado?

Víktor pensó en la niña y la anciana, y en el extraño lugar que había visto, pero decidió no decir nada.

—Bueno, no importa —dijo ella—. Cuando te estaba buscando encontré a este guerrero herido cerca y lo ayudé.

—¡Debemos... huir! —dijo el nhärua, gritando tras recobrar la consciencia de súbito—. ¡Ya... vienen!

—¿Quiénes? —preguntó Víktor.

—Los utgardos... —dijo con un hilo de voz el guerrero—. Han invadido Midgard... un grupo numeroso nos atacó cuando salíamos de vuestra posada. Hubo una batalla...

—¡Cielos! —exclamó angustiado Víktor—. ¿Y mis padres?

—No lo sé... —dijo el nhärua retorciéndose de dolor—. Ellos nos superaron en número, yo logré escapar pero mataron a varios de nosotros rápidamente. Y cuando subí la colina hacia el bosque, los vi...

—¿Qué viste? —dijo Elizabeth.

Los ojos del nhärua se abrieron ampliamente al tiempo que su cuerpo se estremecía y señaló el valle.

—Los carros... —se limitó a decir él temblando.

Elizabeth se asomó a lo alto de la colina y divisó a los hombres de negras armaduras del ejército utgardo, dirigiendo carros llenos de personas, hombres, ancianos, niños y mujeres, atados, apaleados y asustados. Todos eran midgardianos.

—Que Odín nos asista... —dijo Elizabeth atónita.

—Oí decir que Blödorn ha sido sitiado. Están capturando a todo el que sea midgardiano y asesinando al resto.

—¡Padre y madre han podido ser capturados! —exclamó Víktor—. ¡Hay que ir en su ayuda!

Víktor se movió hacia el linde del bosque pero su abuela lo sujetó.

—No puedes hacer nada por ellos, Víktor —dijo ella apenada—. Tenemos que huir al norte.

—¡Pero no podemos abandonarlos! —exclamó el muchacho.

—Hazle caso a tu abuela, *pelofuego* —dijo el nhärua tratando de ponerse de pie—. Son demasiados y con instinto asesino, nos matarían en cuanto nos vieran. Midgard está perdido. Debemos huir y salvar así la vida.

Los ojos de Víktor se llenaron de lágrimas, pero se limitó a bajar la cabeza y ayudar al nhärua a caminar hacia el interior del bosque.

—Iremos por el borde occidental del bosque Rosenblatt hasta llegar a la abadía Fand —dijo Elizabeth—. Tengo amigos allí.

—Buena idea, señora —dijo el nhärua—. No creo que los utgardos se atrevan a cruzar la frontera para pisar Svöld. Y menos aún atacar un lugar santo.

—Eso espero —dijo Elizabeth—. ¿Cómo te llamas, guerrero?

—Soy Wulfrik. O lo que queda de él. Ahora mismo no sirvo de mucho, les he fallado a todos...

—¡No seas tan negativo, hombre! —dijo la anciana frunciendo el ceño—. Al menos estamos vivos. Si no nos llegamos a encontrar, quién sabe cómo hubiéramos acabado.

Wulfrik asintió y los tres prosiguieron su camino a través de la arboleda, junto a las laderas occidentales. Víktor, apenado como estaba, apenas pudo pensar en el regalo que aquella extraña y harapienta vieja del bosque le había hecho. De pronto, viró su vista al interior del bosque Rosenblatt y le pareció ver a una hermosa mujer vestida con un largo traje tan dorado como sus largos y rizados cabellos, cuyos ojos azules estaban llenos de lágrimas.

Víktor se estremeció porque sintió que aquella bella dama estaba llorando por él y su pueblo.

—¡Víktor, apresúrate! —le gritó su abuela.

Víktor se giró en dirección a su abuela y asintió, pero cuando volvió a mirar al bosque ya no había nadie. Aludió aquella extraña visión al cansancio y se apresuró a avanzar hacia el norte junto con su abuela y el enorme y barbudo hombre que llevaba a cuestas, cuya tez estaba marcada por la indignación y el dolor. Sus barbas, negras y espesas, estaban salpicadas con su sangre o quizás la de algún compañero caído, al igual que sus pieles y ropajes de cuero endurecido que además estaban llenos de cortes o golpes, debido a la lucha. El aspecto de aquel nhärua era el de un oso maltrecho, pero que aún desprendía un vigor admirable. Pero lo que realmente le inquietaba a Víktor no era el guerrero, sino su abuela, pues aquella entrañable anciana vestida de forma campestre, tan experta en la cocina y aparentemente pacífica, tenía la misma mirada indomable que él, e

inexplicablemente, lo estaba llevando a cuestras, a pesar de que junto con sus armas y protecciones debía de pesar considerablemente. Víktor pensó entonces que su abuela debía poseer una oculta fuerza sobrehumana y se estremeció aún más, pues significaba que el mundo que había conocido hasta ahora había dejado de existir para siempre.

Tardaron al menos tres días en llegar al recinto campestre perteneciente a la abadía Fand. Allí, había dos monjes recolectando hortalizas tranquilamente, y al verles se sobresaltaron. Uno de ellos reconoció a Elizabeth.

—¡En el nombre de Forseti! —exclamó—. ¡Elizabeth Meissner!

—Boris, loados sean los dioses —dijo Elizabeth—. Encargaros de este guerrero, está malherido.

—Por supuesto —dijo el monje, mirando a los otros que había junto a él—. Hermanos, llevad al nhärua a la sala de curación.

—Boris —dijo Elizabeth frunciendo el ceño—, ha ocurrido algo muy grave, debo hablar con Richard. Dile que el rey Konrad Rothstein ha invadido Midgard.

Boris enmudeció asombrado y sin más se marchó rápidamente. Víktor, inundado de preocupación, estaba contemplando atónito la enorme abadía Fand. Los muros eran de un tono rojizo, si bien los adornos eran negros y dorados, con esculturas de pastores con ovejas o representaciones del dios de la verdad, Forseti.

—Víktor, acompáñame —dijo Elizabeth acercándose a él y cogiéndole del brazo.

—Nada volverá a ser como antes —dijo él—, ¿verdad, abuela?

—Debemos ser fuertes, Víktor —dijo ella, mirando la caja que abrazaba su nieto y de la que no se había percatado—. ¿Y eso?

—¡Oh! ¡Nada! —exclamó Víktor escondiéndola detrás de él.

Elizabeth se encogió de hombros, suspiró y acto seguido, entró con Víktor a la abadía. El recinto de la entrada era un pasillo frío y silencioso, con forma de cruz, con multitud de velas en las paredes. Cada uno de los extremos del mismo daba con unas puertas de madera de color oscuro, que comunicaban con diferentes áreas de la abadía. Elizabeth echó un vistazo al norte y divisó el paso hacia la sala de rezos, donde se hallaba un altar dedicado al dios Forseti. Después miró a los sacerdotes que había desperdigados por allí, que los miraban de forma extrañada, aunque algunos simplemente seguían con sus quehaceres. Boris no tardó en aparecer por la puerta del este, donde se hallaban las dependencias del abad.

—Su ilustrísima el abad Richard te espera, Elizabeth —dijo en tono nervioso.

—Muy bien. Por favor, Boris, cuida de mi nieto. Es algo curioso y debe estar realmente asustado.

—Por supuesto —asintió Boris—. Vamos Víktor, te enseñaré tu habitación. Y si quieres podemos comer algo antes.

Víktor quiso replicar pero su abuela lo miró de la manera más severa que nunca hubiera visto, así que se calló y siguió al sacerdote por la puerta oeste, donde se hallaban las habitaciones de los sacerdotes, la bodega y la cocina. Allí, Boris le ofreció un trozo de queso y otro de pastel de ciruelas, que Víktor devoró con avidez, tras dar las gracias cortésmente. Después, echó un rápido vistazo a los diversos utensilios del lugar. Platos, cuchillos, cazuelas... Dado que había cerca de un centenar de hermanos conviviendo en la abadía, se notaba que diariamente había mucho movimiento en aquella cocina. No obstante, algo que llamó su atención por encima de todo aquello fue una hilera de botellas de vidrio con un líquido rojizo en su interior.

—¿Tan joven y ya interesado en el vino? —rió Boris—. Aún no tienes edad para beber, pero ya te enseñaré su preparación.

—Me interesa la música, no la cocina, señor —dijo Víktor apático.

—Bueno, muchacho —dijo Boris sonriendo—. Pero has de saber que nuestro vino tiene una calidad inigualable. Es muy apreciado en Idawold, e incluso vendido en Glasheim y Mundilfari. Esto reporta grandes beneficios a nuestra hermandad, con lo que el trabajo de vendimia que conlleva es muy importante. Tenlo en cuenta, si quieres vivir aquí tendrás que aprender...

—Yo no quiero vivir aquí! —dijo enfurecido Víktor, y salió corriendo de la cocina, en dirección al pasillo central, sin que Boris ni ningún otro sacerdote pudiera impedirselo. Continuó corriendo hasta el pasaje oriental, para luego subir una larga escalera de madera donde escuchó voces y se detuvo. Se asomó un poco por la pared y divisó a su abuela y a un señor vestido de añil, de pelo corto y rubio y una fina barba, con varios anillos en sus dedos.

—Por favor, Richard —dijo Elizabeth—. Te ruego que cuides de él. Buscaré a Aarón. Mientras, puedes protegerlo hasta...

—¿Hasta que la situación mejore? —exclamó Richard—. ¡No va a mejorar, Liz! Por lo que me has contado, se ha desatado la guerra en Midgard, y quién sabe si no se extenderá a Svöld también. Tu nieto no estará seguro en ningún sitio, ni siquiera con el Mago Rubí. Lo siento, pero no creo que haya nadie que pueda ayudarlos aquí.

—¡Tú sí puedes, Richard! —dijo Elizabeth preocupada—. Tienes poder, influencia, y tu hermana...

—Hace años que no nos hablamos —dijo él, con amargura—. Y la echo de menos, pero tal vez haya sido lo mejor... Si tan sólo no hubieras renunciado a tu deber... ¡y a tu destino!

—¡Richard! Yo amaba a mi esposo —dijo Elizabeth, con rabia en su voz—. Y eso es algo que nada ni nadie podía cambiar.

—¿Nadie, eh? —dijo Richard—. Pues tal vez ese amor sea ahora tu perdición. Quién sabe si tu hijo y tu nuera están vivos.

Elizabeth se echó a llorar de pronto, y entonces Richard la miró compasivamente, se acercó a ella y trató de calmarla.

—Está bien, está bien —dijo él resoplando—. Cuidaré del muchacho. Hablaré con mi señor Forseti de inmediato y le pediré consejo. ¿Qué harás tú entonces, Liz?

—Primero hablaré con Wulfrik, el nhãrua herido —dijo Elizabeth—. Luego... creo que iré hacia Brigantía.

Richard asintió y ambos caminaron hacia Víktor, quién en ese momento sintió una mano agarrarle fuertemente el hombro.

—¡Aquí estás diablillo! —dijo Boris—. Está prohibido deambular por aquí, vamos, te enseñaré tu dormitorio.

Víktor se resignó y se dejó llevar por el orondo y bonachón sacerdote hasta su habitación, pensando en lo que había oído: su abuela tenía intención de abandonarle. Y a la mañana siguiente, en efecto, su abuela se preparó para marcharse junto con el capitán Wulfrik, quién a pesar de sus heridas, había accedido a viajar con ella. Víktor protestó y lloró, furioso, triste, impotente por la espiral de acontecimientos que se había cernido sobre él, pero de nada sirvió. Elizabeth le prometió que regresaría dentro de un año pero que mientras tanto debía quedarse allí para no correr peligro. Solo y entristecido, buscó consuelo en la música, pero justo en ese momento cayó en la cuenta de que ahora tenía dos violines: El rojizo y oscuro violín de cedro que le regaló su abuela y el misterioso violín de la vieja del bosque.

—La vieja dijo que no lo tocara sin su arco, y eso es lo que haré —se dijo decidido—. Así que se sentó sobre su cama y comenzó a tocar el violín de cedro de forma lánguida y triste, hasta que finalmente se quedó dormido.

El abad Richard, que se hallaba justo tras la puerta del dormitorio, se sintió conmovido por el talento del chico, y se dirigió hacia la sala común de rezos para hablar con sus hermanos.

—Víktor será uno más de nosotros —dijo—. Procurad que no le falte nada, ni comida, ni techo, ni cariño. Ayudar al débil es uno de los mandamientos de nuestro señor Forseti.

Los monjes asintieron ante su superior, aunque sus rostros no podían ocultar el temor ante la amenaza del reino Utgard.

—No temáis, hermanos —dijo Richard—. Escribiré a su majestad la reina de inmediato. Utgard no osará enfrentarse a ella.

Los monjes volvieron a asentir y luego se dispersaron, dejando a Richard solo, absorto en sus pensamientos mientras contemplaba la estatua que simbolizaba a Forseti, el Dios de la Verdad.

—Oh, señor, sé lo graves que fueron mis pecados —dijo Richard en voz baja—. Pero, ¿sirve como redención la ayuda que le ofrezco al muchacho y a su abuela? Porque me asaltan dudas todos los días, señor. Me pregunto si el mundo podrá perdonarme y entender mis actos.

Entonces los ojos de la estatua resplandecieron.

—Los hombres mueren, pero la Verdad perdura —dijo la estatua.

Richard se estremeció ante la voz de su dios y asintió, para luego arrodillarse y rezar en silencio.



## CAPÍTULO DOS LA PRISIÓN VOLCÁNICA

*24 de Febrero de 1682, Volcanes del Olvido*

**E**l agua estaba helada cuando la arrojaron contra su rostro para despertarlo. Se despezó en el acto, y con gran rabia alzó los puños para golpear al inconsciente que se la había arrojado, pero se detuvo al comprobar que estaba encadenado. Entonces lo recordó: era un esclavo y estaba preso en los Volcanes del Olvido. El aire olía a azufre, el agua sabía a ceniza y la comida, bueno, simplemente era repugnante. Aquellos hombres de armadura negra lo miraban con repulsa y burla, seguros de sí mismos con sus armas desenvainadas y tras las rejas.

«Ah, si no estuviera encadenado y enjaulado, poco ibais a reír, astillaría vuestros cráneos y desgarraría vuestra carne. ¡Malditos utgardos!», dijo para sí mismo.

—¡Levanta, bestia inmundal —dijo un soldado utgardo.

—¡Mi nombre es Leonard! —rugió el prisionero—. ¡Soy un lyore, no una bestia!

—Serás todo lo lyore que quieras —dijo el soldado riéndose y echándole más agua helada—, pero para nosotros no eres más que un monstruo, hombre-león. Prepárate, tienes trabajo que hacer.

Leonard apretó los dientes y rugió de nuevo, pero se calmó cuando lo apuntaron con las lanzas. Medía más de dos metros, tenía el cuerpo bronceado, musculoso y con abundante vello. Su rostro, medio cubierto por una larga melena rubia, era el de un león con ciertos rasgos que lo hacían parecer más humano y aunque sus ojos eran castaños, se tornaban rojizos como el fuego cuando se enfurecía. Se miró en el reflejo del agua y maldijo nuevamente a los utgardos y a su rey, que lo habían llevado a aquel lamentable estado. Vestido con harapos, encadenado como una bestia, humillado y esclavizado. Recordó fugazmente la batalla entre su escuadrón de lyores y la enorme cantidad de utgardos que los emboscaron. Era el año mil seiscientos ochenta y dos, y aunque hacía tan sólo un mes de la contienda, él sentía como si hubiera pasado un siglo y se lamentaba de no haber ganado, o al menos, de no haber muerto combatiendo como habían hecho sus subalternos.

—¡Camina, bestia! —le gritó un soldado utgardo.

Leonard fue conducido por los pasillos cavernosos de aquella prisión hasta la zona más cercana a la lava fundida. Allí el calor era insostenible, pero no se quejó, aunque gruñó de impotencia al ver que otros lyores e incluso algún que otro midgardiano eran obligados a trabajar duramente excavando en la roca con picos para extraer algo. De pronto, dos soldados aflojaron sus grilletes, mientras otros cuatro lo apuntaban con sus negras lanzas.

—Coge el pico y comienza a picar, monstruo —dijo el utgardo—. Y será mejor que no intentes nada o te mataremos en el acto.

Leonard agarró con fuerza el pico. Se imaginó a sí mismo sacudiéndolo con fuerza contra sus captores, con una violencia y brutalidad inimaginables, pero de pronto se fijó en un anciano humano que también picaba y lo miraba fijamente. Éste, meneó su cabeza, y Leonard entendió su gesto, pensando en que por ahora, era mejor mostrarse sumiso y conservar así la vida, si es que aquello podía considerarse vivir. Izó el pico y estrelló su punta contra la negra roca volcánica, agrietándola y provocando multitud de fisuras. Al cabo de pocos golpes había excavado todo un hoyo con algo azulado y cristalino dentro.

—Parece que tenemos a uno fuerte aquí —dijo un utgardo delgaducho, con la cara arrugada y un látigo en las manos, observando la fisura—. ¡Y vaya que si lo es! Equivales al menos a una decena de los tuyos.

Leonard no le hizo caso, se limitó a examinar el mineral, que centelleaba misteriosamente, como si rehusara ser extraído.

—Recoge el mineral y ponlo en las cubas que hay allí —dijo el utgardo del látigo—. ¡Y con cuidado!

Leonard depositó el mineral y después sintió el doloroso mordido de un latigazo. Dio un rugido y lleno de furia se abalanzó sobre su atacante, pero se detuvo en seco al comprobar que multitud de arqueros y lanceros lo apuntaban.

—Tan fuerte como fiero —rió el utgardo delgaducho—. Mi látigo y yo lo pasaremos bien contigo.

Leonard se imaginó a sí mismo agarrando a aquel insolente y lanzándolo a la lava fundida, pero el humano que había visto antes le puso la mano en el brazo y lo calmó.

—No hagas ninguna tontería, amigo —susurró—. Aún no.

Leonard asintió débilmente y se dirigió de nuevo a por su pico, para volver a picar. Después recogió más mineral, lo depositó y sufrió un nuevo latigazo. Picar, latigazo, recolectar, depositar, más latigazos y volver a picar. Así transcurrieron largas e incontables horas de trabajo forzado entre aquel insostenible calor y el doloroso golpe del látigo, hasta que al fin, un par de capitanes utgardos aparecieron y decretaron un descanso para comer. Los soldados juntaron a todos los prisioneros en un cráter y les arrojaron trozos de pan duro y carne reseca y quemada como si de animales se tratase.

Leonard agarró un trozo y lo tomó con avidez, a pesar de que tenía un sabor desagradable. Después, partió el pan y se acercó al extraño anciano ofreciéndole la mitad.

—Gracias, eres muy amable, amigo —dijo contrayendo su agrietada y quemada faz en lo que parecía una sonrisa.

—¿Sabes cómo va la guerra? —dijo Leonard vigilando que nadie lo escuchase.

—Utgard atacó Lyora por sorpresa tras invadir Midgard —dijo el anciano preocupado—, y parece ser que se había aliado con el reino Gunzamöth desde hacía tiempo. Mucho me temo que frente a semejantes enemigos, el reino de los lyores no tardará en caer también.

—¡Maldita sea! —dijo Leonard con rabia—. Si al menos pudiéramos alertar de todo esto al reino Svöld...

—He oído decir que los svöldian firmarán un tratado de no agresión con Utgard... —dijo el anciano terminando de roer el duro pan—. Hace unos días llegó un monje svöldian para entregar un mensaje de parte del mismísimo abad Richard. Solo falta que el rey de Utgard y la reina de Svöld se reúnan y firmen el tratado. Seguramente el abad ha sido quien ha orquestado todo, corren rumores sobre su cobardía.

—No me extraña, nunca me han gustado los hombres santos ni sus religiones. Creo que el que sigue el camino dictado por otros en lugar del suyo propio es un necio. De todos modos parece que está claro que los svöldian mirarán para otro lado, ¿no? ¡Insensatos! Serán los siguientes si no hacen algo...

—Aún queda la posibilidad de que alguien avise al país de Glasheim o el de Mundilfari.

—¡Bah! —dijo Leonard con la cara agría—. No se puede confiar en elfos ni en magos. Los únicos que quizás podrían ayudarnos serían los nhäruas. Son fuertes, valientes... Juntos aplastaríamos a estos enclenques utgardos como cucarachas.

—No serán tan enclenques si os derrotaron y encerraron aquí —dijo el anciano riéndose.

—¡Nos superaban en número! —rugió Leonard indignado—. Si hubiéramos contado con apoyos o alianzas, te aseguro que la guerra habría tomado un rumbo diferente.

—Ya veo, ya veo —dijo el anciano cabeceando.

—Ojala pudiera hacer algo —dijo Leonard apretando los dientes—. Pero no sé cómo salir de aquí...

El anciano lo miró fijamente y entrecerró los ojos.

—¿Y qué harías si salieras de aquí? —dijo—. ¿Huir? ¿Buscar ayuda?

—Ya pensaré en algo entonces...

—No parece que tengas ningún plan trazado —dijo riendo el anciano—. Y la gente sin planes no llega a ningún lado.

—Me subestimas, anciano —dijo enojado Leonard—. No sabes lo grande y fuerte que es mi pueblo.

—Me llamo Warren —dijo el anciano mirándole—. Y créeme, sé más de tu pueblo que tú mismo.

En ese momento y durante escasos segundos, los ojos del anciano se volvieron rojos y felinos, y su rostro se desdibujó como si fuera el de un león viejo pero aún fiero y portentoso.

—¡En el nombre de Thor, qué...! —dijo alarmado Leonard, que volvió a mirarlo fijamente, contemplando de nuevo al anciano cansado de antes—. ¿Qué prodigio es este? ¿En verdad eres un lyore?

—Soy un lyore como tú, en efecto —dijo Warren—. Pero conocedor de más de un arte secreto transmitido generación tras generación en la familia real de Lyora.

Leonard abrió los ojos asombrado, sin saber qué decir. En ese momento, los guardias utgardos decretaron el final del descanso y la vuelta al trabajo.

—Necesito saber más... —susurró Leonard.

—Mañana a la misma hora, amigo —dijo Warren, guiñándole un ojo—. Y más vale que vayas pensando en un buen plan.

Al día siguiente, y tras la ración de agua helada correspondiente, Leonard fue conducido otra vez a las minas de extracción, y tras trabajar duramente, volvió a reunirse con el anciano Warren en el descanso. Éste rehusó a decirle quién era realmente, pero sí le explicó otras cosas, como por ejemplo, que mediante un conjuro rúnico secreto podía adoptar apariencia humana a voluntad para mezclarse entre los humanos.

—Pronto tú también podrás hacerlo —le dijo—, y cuando lo hagas, espero que sea para huir de aquí.

Warren también le contó que todos los midgardianos habían sido capturados y trasladados a diferentes prisiones como si fueran ganado, para luego ser examinados. Aquellos que eran demasiado viejos o enfermos eran arrojados directamente a las lavas del volcán y el resto, o bien eran trasladados a las minas, o se los llevaban a la capital, de donde no regresaban nunca.

—Es horrible —dijo Leonard—. Y yo que me quejaba del destino de nuestro pueblo...

Warren continuó explicando que toda esta locura era obra del rey Konrad, pero que no siempre fue así. Antaño un rey noble y justo, se había vuelto en poco tiempo ermitaño, maligno y colérico.

—Oí decir que por las noches lo escuchan discutir consigo mismo, como si hablara con su propio reflejo —dijo Warren—. No sé qué pensar, pero para mí que el rey ha sido embrujado.

—Konrad dirige todas sus tropas con mano de hierro. Si pudiéramos quitarlo de en medio...

—Ahora hablas como si tuvieras un plan —dijo Warren arqueando las cejas sorprendido—. Pero, dime ¿cómo podrás matar al rey, si está tan protegido?

—De momento, saldré de aquí —dijo Leonard gruñendo.

Warren sonrió, se aseguró de que no había guardias cerca y entonces, le colocó la mano en el pecho, haciéndole sentir un dolor abrasador. Leonard se sobresaltó y gruñó enfurecido, pues le había aparecido un misterioso dibujo rúnico en el pecho. El anciano no se inmutó, retiró su mano y comenzó a explicarle su secreto, mostrándole un idéntico dibujo tatuado en su propio pecho. Aquello era una runa, catalizadora del hechizo que lo transformaba en humano, un cambio físico que mantenía gran parte de la fuerza y constitución de su raza intactas, y que supondría toda una ventaja y un factor sorpresa contra sus captores. Día tras día, Leonard aprendió a controlar más y más el hechizo, hasta que un día, ocurrió algo inesperado. Los soldados comenzaron a dar vótores al reino Utgard y a su rey, proclamando una nueva e impresionante victoria: Mirzam, la capital del reino Lyora, había caído. Leonard quedó consternado, pero el anciano no se amedrentó.

—Es nuestra oportunidad —dijo Warren—. Mañana por la noche se organizará todo un banquete para celebrar la gran victoria, casi toda la guardia estará borracha y la vigilancia será mínima.

—Entiendo, entonces podremos poner en marcha nuestro arriesgado plan de huida.

—Antes, amigo mío —dijo Warren—, tienes que practicar tu aspecto humano. Hazlo esta noche, cuando todos duerman, ante el reflejo del cubo de agua que nos dan para beber.

Leonard asintió y volvió al trabajo. Picando y machacando piedra, soportando latigazos y un calor abrasador. Sin embargo, debía ser paciente, pues su momento estaba ya muy cerca.

Mientras tanto, el rey Konrad Rothstein de Utgard, se hallaba sentado en su habitación, en el interior de su fortaleza en la capital del reino, Volkhir, revisando minuciosamente el tratado que iba a firmar con el reino Svöld. Era un hombre de mediana edad, aunque con pocas canas que lucir en su corto pelo castaño oscuro. Llevaba siempre una cota de malla negra y una capa marrón hecha de piel de oso, así como multitud de joyas y anillos ostentosos. Sus negros ojos eran pequeños, pero lo escrutaban todo con una gran minuciosidad, como si fueran los de una serpiente inmóvil acechando a su presa. Sus planes iban a la perfección, y de seguir con ellos, pronto se convertiría en el dueño de todo el continente Idawold. Pero aún quedaba mucho por hacer, pues el reino Svöld era famoso por tener el más poderoso ejército aéreo y naval de todo el mundo, ninguno en Valhalla podía compararsele. Y todo porque la tribu de los antariones, los hombres-

dragón de Antárimas, estaban bajo sus órdenes, y estos a su vez controlaban a los dragones.

El tratado era valioso sin duda, pues mantenía a raya y engañado a tan poderoso enemigo mientras Utgard se hacía cada vez más fuerte. Los valüssian eran magos muy poderosos, pero estaban tan ensimismados en sus investigaciones mágicas como los inventores humanos de Merseburg lo estaban con sus máquinas, así que no eran un problema para el rey Konrad. Su temor, su inquietud, se concentraba totalmente en elfos y nhäruas. Si se unían en contra suyo, estaba perdido, pues los elfos eran la mayor fuerza terrestre, y los nhäruas, a pesar de ser pocos, eran tan bravos que resultarían demoleedores.

—¿Por qué te preocupan tanto esos malditos adoradores de árboles, Konrad? —dijo una lúgubre voz tras él.

Konrad se giró para contemplarse a sí mismo, en el reflejo de un espejo verdoso y con ornamentos.

—Los elfos son muy inteligentes —dijo—. Lo sabrán, lo averiguarán...

—¡Pero eres, *somos*, el rey de Utgard, la nación más grande y fuerte que se haya alzado jamás! —dijo su reflejo riendo maliciosamente—. ¿Por qué temer a aquellos que se inclinan ante la naturaleza sin usarla para su provecho?

—¿Pero qué me dices de los nhäruas de Jotunheim? —dijo Konrad con los ojos enloquecidos, agarrando con ambas manos el espejo—. Si se alzan contra mí, contra *nosotros*...

—Pobre y débil Konrad, asustado de unos salvajes... —dijo riendo su reflejo—. ¿No ves que nunca saldrán de Jotunheim? Odian el mar, y jamás se subirían a un barco para invadirte. Estás a salvo de ellos.

—Te creo, te creo —dijo Konrad—, pero aun así tengo la sensación de que a medida que el tiempo pasa, éste se abalanza sobre mí para cerrar sus fauces y desgarrar mi alma. ¡Tengo miedo, miedo a la Völuspà!

—Mi pobre Konrad Rothstein —dijo su reflejo mirándolo fijamente—. Nada debes temer. Recuerda mis palabras: *Hass ist Stärke und Schwert ist Rache*. Nunca lo olvides. ¿O es que acaso no fui yo quien te recomendó que cazaras a todos los midgardianos? ¿El que guio a Gúldazner y a su tribu para que se arrodillaran ante ti? ¿No es a mí a quien acudes cuando tus fuerzas flaquean y tus miedos te dominan?

—Sí, sí... —dijo lloriqueando el rey—. ¡Creo en ti, mi dios ardiente! ¡Creo en ti! Sólo quiero que este miedo enloquecedor desaparezca... que la muerte y el dolor se alejen de mí. Ilumíname con tu fuego...

—Tranquilo, Konrad —dijo su reflejo mirando de pronto hacia la puerta—. Si sigues obedeciéndome, todo irá bien. Tu comandante viene hacia aquí. Atiéndelo.

Konrad se arrodilló ante su reflejo lloriqueando y sonriendo al mismo tiempo, y de pronto, sonaron dos golpes en la puerta. El rey se levantó agitado, se secó las lágrimas, se alisó los ropajes y se sentó en su amplio sillón, agarrando con fuerza el tratado y un colgante que llevaba al cuello de obsidiana, con un símbolo rúnico que representaba la letra “L” inscrito en él.

—¡Adelante! —dijo con la cabeza alta.

Un utgardo de largo pelo moreno y ojos negros entró en la estancia. Llevaba una rojiza armadura, brazaletes plateados y una larga capa negra sobre los hombros. Era apuesto, de piel morena y con alguna que otra cicatriz, con las cejas y los pómulos poco pronunciados y la mandíbula recta, con un hoyuelo en ella.

—Mi señor, Mirzam ha caído —dijo el utgardo.

—Excelentes noticias las que me traes, comandante Dustin. ¿Está lista la mercancía?

—Dos mil litros exactos, tal como ordenasteis, majestad.

—Bien, bien. Transportarás esa mercancía desde aquí hasta los Volcanes del Olvido, donde te reunirás con Lord Valark. Tenemos que proporcionarle además tres toneladas del mineral extraído en las minas.

—¿Para qué quiere el príncipe de la nación vampira de Terrasombra tanto mineral Izlon? —preguntó Dustin arqueando las cejas—. ¿Y qué son exactamente esos litros de líquido?

—Preguntas, preguntas —dijo el rey con el rostro deformado por el odio—. Si no puedes cumplir órdenes sin preguntar, tal vez debas...

—Discúlpeme, alteza. Sólo quería tener claro que los vampiros no representan amenaza alguna para usted o nuestra patria.

—Disculpas aceptadas, comandante —dijo el rey resoplando.

Dustin asintió y se alzó para marcharse, aunque antes echó un vistazo a la habitación, sin encontrar a nadie más allí.

—¿Algún problema, comandante? —dijo el rey, molesto.

—No, alteza —dijo Dustin confuso, pues juraba haber oído dos voces diferentes al entrar—. Tan solo admiraba el espejo. Es una verdadera obra de arte.

—Sí, sí, lo es —dijo Konrad con desdén—. Los marineros que me lo vendieron me aseguraron que es mágico, que trae buena suerte porque su superficie está hecha de escamas de dragón fundidas y cristalizadas. Sólo existe otro igual en todo el mundo. Ahora retírese y cumpla con sus tareas, comandante.

—Sí, majestad —dijo Dustin con firmeza—. Que tenga un buen día.

Leonard por su parte, se hallaba concentrado mirando su reflejo en el agua, iluminado por la anaranjada luz de las antorchas de uno de los muchos pasillos de la prisión. Nunca le había gustado la magia, y le parecía irónico que ahora tuviera que depender de ella para salvarse. Respiró

profundamente y probó a cambiar. El símbolo rúnico de su pecho centelleó y entonces, su rostro comenzó a hacerse más humano, incluso su cuerpo era mucho más esbelto y delgado. Le hizo gracia mirar aquel reflejo, aquellas facciones humanas, hermosas y gráciles, pues ahora tenía todo el aspecto de un atractivo joven de largo pelo rubio y ojos castaños.

—Juro que mañana seré libre —se dijo a sí mismo.

Al día siguiente, y tras una intensa jornada de trabajo, todos los presos fueron llevados temprano a sus celdas, pues en cuanto se puso el sol comenzaron los preparativos del gran festín para celebrar la victoria sobre Mirzam. Leonard y Warren se miraron y asintieron mutuamente en un gesto de complicidad, pues la hora había llegado. Una vez quedó solo, Leonard arrancó sus cadenas y barrotes, utilizó la Magia Rúnica y se transformó en humano, para luego pegar un alarido. Un par de guardias, algo borrachos, divisaron a un alto y esbelto joven de melena rubia caminar hacia ellos, indicando que un lyore se había fugado. Confusos, miraron la celda y vieron que efectivamente, la celda estaba vacía y los barrotes habían sido forzados. En ese momento de despiste, Leonard desató toda la fuerza de su puño, incrustándolo contra la cara de uno de los guardias, astillando su nariz y hundiendo su faz de forma que quedó irreconocible. El otro quedó tan aterrado que apenas pudo reaccionar, mientras Leonard recogía la negra lanza del soldado que acababa de matar, para luego arrojarla contra él, dejándolo clavado en la rocosa pared. Después, se acercó rápidamente hasta otro enorme guardia que vigilaba el fondo del pasillo y lo agarró rugiendo del cuello, partiéndoselo como si fuera una nuez. De pronto, sintió algo acercarse a sus espaldas y se puso a la defensiva, otros dos soldados se le habían acercado por detrás, pero un enorme lyore gris los había agarrado y matado en el acto con sus garras.

—Tranquilo, amigo, soy yo —dijo Warren cambiando a su forma humana de nuevo—. Vamos, pongámonos sus armaduras.

Leonard y Warren se vistieron con las ropas de los soldados utgardos muertos y se miraron fijamente.

—Si no llamamos la atención demasiado, nos ignorarán —dijo Warren—. Creo que hay una salida hacia las laderas orientales a través de los pasillos de la primera galería.

—¿Y después? —dijo Leonard.

—Debemos ir hacia el sudeste, atravesando la maleza. Hay algo que debemos encontrar en Mirzam.

—Entonces mejor que nos apresuremos —dijo Leonard abriendo más barrotes—. Creo que por aquí podremos ascender a las galerías superiores.

Ambos lyores avanzaron por las galerías numeradas con los números del cinco al tres, cruzándose con varios utgardos que ni siquiera se pararon a mirarlos. Pero en medio de la galería número dos se encontraron con una escena desagradable, un utgardo de nariz afilada y cara arrugada azotaba a

varios lyores jóvenes para castigarlos. Leonard reconoció a su torturador rápidamente, y a pesar de que Warren intentó advertirle para que se detuviera, éste no le hizo caso alguno. Agarró el látigo del utgardo antes de que azotara la piel de sus semejantes y tiró de él, haciendo que el esclavista saliera volando y se estrellara contra la pared. Atónito, miró fijamente al ser que tenía ante él. Un humano de piel clara y larga melena rubia, aunque sus ojos eran de un rojo sangre. Aterrado, intentó desenvainar una daga en su cinto pero aquel hombre rubio le agarró el brazo con tanta fuerza que le partió el hueso.

—Esto, por los latigazos que me diste a diario —dijo Leonard.

—¡A mí la guardia! —gritó adolorido el esclavista—. ¡A mí la...!

Pero no pudo decir nada más, ya que Leonard le agarró rápidamente del cuello y se lo partió.

—Y esto, por torturar a los demás —dijo, mirando el cadáver.

—¡Inconsciente vengativo! —dijo Warren furioso—. Pueden haberlo oído. Has puesto en peligro la fuga...

—Tonterías, ¿quién...? —dijo Leonard, para justo divisar varios guardias que se acercaban por el fondo de la galería.

—¡Corramos! —gritó Warren.

Los dos lyores avanzaron por la galería número dos hasta llegar al final, donde se abrían unas escalinatas de piedra hacia la primera galería, al fondo de la cual se abrían las laderas de los Volcanes del Olvido, y más allá, los bosques y la libertad. En ese momento, ya poco les importó pasar inadvertidos y ambos se transformaron en lyores de nuevo, mas cuando habían llegado hasta las laderas, aparecieron de entre las oquedades de las rocas multitud de utgardos armados con arcos y flechas, que comenzaron a dispararles. Leonard se movió con gran rapidez ladera abajo, esquivando fácilmente los proyectiles, pero Warren, débil y ya anciano no tuvo la misma suerte y recibió dos impactos en plena espalda, lo que le hizo desplomarse, rodar y caer sobre el rocoso suelo. Leonard rugió y rápidamente, cogió en brazos al malherido anciano, se lo echó sobre los hombros y continuó su desesperada carrera hacia la libertad.

—Déjame... —murmuró Warren—. Si cargas conmigo no podrás huir.

—Cargaré contigo o moriré intentándolo —dijo Leonard jadeando—, pero no te abandonaré.

El anciano no dijo nada más y Leonard siguió corriendo y corriendo a gran velocidad, tanta que sus persecutores cada vez quedaron más lejos, hasta que por fin llegó a las malezas colindantes a los volcanes y los perdió de vista. Había pocos lugares para esconderse, de modo que jadeando, continuó avanzando hasta que las raquíticas arboledas fueran lo suficientemente espesas como para ocultarles.

Así, pasaron fatigosas horas de carrera hasta que la noche se tornó día, momento en el cuál, Leonard cayó inconsciente, totalmente agotado,

aunque por fortuna, tanto él como Warren quedaron ocultos entre los matorrales. Para cuando Leonard volvió de nuevo en sí, el sol ya se había alzado en todo su esplendor anunciando el mediodía. Miró a su alrededor, tratando de localizar nerviosamente a su anciano compañero, hasta que lo halló envuelto entre negras hojas secas, y totalmente ensangrentado.

—Vamos anciano, no mueras aquí —dijo Leonard enfurecido y triste al mismo tiempo—. Eres fuerte, saldrás de esta.

—Me temo que mi vida toca a su fin, amigo —dijo Warren con un hilo de voz—. Déjame. Debes llegar a Mirzam...

—¡No! —gruñó Leonard—. Lo conseguiremos, pero juntos. ¿Por qué es tan importante ir a la capital? El reino Lyora está perdido, tal como lo está Midgard. Deberíamos ir en barco hasta Jotunheim o Mundilfari y entonces...

—No, no... —gimió Warren, extendiendo sus garras y arañando la piel de su brazo hasta hacerse un profundo corte.

—¿Qué haces, viejo loco! —dijo Leonard intentando detenerlo—. ¿Intentas suicidarte?

—No, no lo entiendes —dijo Warren haciendo serios esfuerzos por respirar—. Dentro de mi brazo hay una gema escondida. Debes cogerla, es una llave...

—¿Una llave? —preguntó Leonard confuso.

—La llave de Freya. En Mirzam... la familia real y Siegfleid...

El anciano balbuceó palabras sin sentido para Leonard, hasta que de pronto, dejó de respirar.

—Eh, viejo... —dijo Leonard agitándolo, y conteniendo su tristeza—. Warren, amigo, no me dejes. ¡No mueras ahora! Has hecho mucho por mí, has luchado por nuestro pueblo... ¡No me dejes ahora!

Leonard continuó agitándolo un rato hasta que aceptó la realidad y sus ojos se tornaron vidriosos.

—No me dejes... solo —dijo, abrazando el cadáver de su amigo.

Al cabo de un buen rato, Leonard apretó los puños, maldijo en silencio a los utgardos y examinó escépticamente el brazo de Warren, divisando un pequeño brillo azulado en su interior.

—Lo siento, viejo —dijo Leonard abriendo la carne del brazo del difunto y hurgando en su interior—. Aunque supongo que ya no te importa.

De pronto, logró palpar algo duro, y tras extraerlo, lo limpió con saliva y hojas secas. Era una diminuta joya de color azul celeste con forma piramidal.

—La llave de Freya... —susurró Leonard. Y en ese momento, la joya brilló intensamente y se le introdujo bajo la piel en la mano—. ¡Qué rayos...!

Leonard agitó la mano asustado, pero por más que la movía, la joya no parecía querer salir y continuó brillando un rato más hasta que se apagó

súbitamente. Luego Leonard miró al viejo y su herida en el brazo y dio un puntapié a una piedra.

—No pienso dejar que nadie me abra el brazo, viejo loco —murmuró gruñendo—. Podrías haber vivido al menos lo suficiente para explicármelo, ¿no?

Leonard maldijo de nuevo, al anciano, a los utgardos, a la magia, a las joyas piramidales y sobre todo, a sí mismo. Cuando hubo desatado toda su cólera, se acercó sigilosamente al extremo de las negras arboledas, donde había una elevación rocosa y miró en dirección a los caminos. Hacia el noroeste había una formación de utgardos, con pinta de estar buscándoles, y hacia el sudeste, multitud de soldados goatmon llevando carros llenos de midgardianos y entre ellos, algún lyore también. Leonard apretó los puños, lleno de impotencia, y giró su vista hacia el nordeste. Aquella ruta parecía más segura, pues había abundante arboleda y no parecía haber rastro de enemigos. Miró su mano, luego al cadáver de Warren y después a las tropas de Utgard con los ojos rojos llenos de ira.

—Lo siento, viejo, pero mi deber es matar a Konrad, no visitar la saqueada capital de nuestro pueblo. No soportaría verla.

Lleno de pensamientos de venganza, se lanzó hacia el interior de los bosques en dirección nordeste. Viajó y viajó durante al menos cuatro días, alimentándose de las pocas alimañas que se cruzaban en su camino, atravesando el valle en dirección a la capital de Utgard, la ciudad fortaleza llamada Volkhir, con la loca intención de llegar al rey y matarlo con sus propias manos.

Por fin, llegó hasta un diminuto riachuelo y se detuvo a beber algo de agua fresca, pero no hubo dado ni dos sorbos cuando escuchó el entrechocar de espadas contra algo duro y el silbido de flechas arrojadas al aire, así como los alaridos mortales de algún ser al morir de forma violenta. Sobresaltado, se transformó en humano utilizando el hechizo rúnico, cruzó el riachuelo, se aproximó a unos gruesos árboles que colindaban con una ancha y polvorienta calzada y se escondió tras ellos para comprobar qué era aquel ruido.

Ante él, había multitud de soldados utgardos muertos y desperdigados por el suelo, y otros tantos estaban siendo exterminados por una gigantesca criatura que tenía forma de león, pero con una cabeza adicional de cabra que le salía de un costado, y cuya cola, era una serpiente.

—¡Una quimera! —dijo Leonard asombrado.

La quimera estaba abatiendo fácilmente a sus oponentes, hasta el punto que pronto no quedaría ninguno. Leonard se percató entonces de que en la distancia había unos misteriosos carros tapados con lonas de color oscuro, alguna extraña mercancía que se estaba transportando desde Volkhir hacia los volcanes. De pronto, un utgardo de rojiza armadura hirió en una de sus

garras a la quimera con su espada, haciéndola chillar de un modo espeluznante.

—¡Comandante Dustin...! —gritaron los soldados—. No se acerque, esta bestia podría matarlo...

—No me quedaré quieto mientras mis hombres mueren por mí —dijo con gesto decidido Dustin—. ¡Atrás monstruo!

Dustin se movió ágilmente en dirección al pecho de la quimera con intención de hundir su espada, pero la cabeza de cabra lo avistó, escupiendo un pegajoso líquido que envolvió al moreno comandante, dejándolo atrapado e incapaz de moverse. Acto seguido, la cabeza leónica de la quimera rugió y escupió una llamarada que abrasó a los soldados más cercanos, para luego mirar fijamente a Dustin, con intención de desgarrarlo con sus zarpas. Leonard entonces se fijó en la situación y en cuestión de segundos trazó una descabellada idea. Saltó al campo de batalla convertido en humano, agarró una de las espadas de uno de los cadáveres y la lanzó con toda su fuerza hacia la bestia, clavándosela en pleno muslo. La quimera rugió llena de dolor y se giró rápidamente hacia su atacante, agitando su serpentina cola con intención de derribarlo, mas Leonard se agachó esquivando su ataque, rodó lateralmente y se acercó a otro de los soldados para arrebatarle una negra claymore, una enorme y pesada espada de ancho filo cuya empuñadura debía ser agarrada con ambas manos. Leonard se levantó con el arma firme ante la atónita mirada de Dustin y se abalanzó hacia la quimera con toda la fuerza y el coraje propios de su raza. La quimera no se lo quiso poner fácil, le escupió nuevas flemas de ácido y líquido pegajoso, e incluso soltó alguna que otra embestida con su cola, pero Leonard era ágil, preciso, y muy experimentado en combate, sobre todo contra monstruos de aquel tipo, así que cuando hubo estado cerca de la cabeza con forma de cabra, alzó ambas manos y asestó un demoledor mandoble con la claymore, de tal fuerza que la seccionó de cuajo. Pese a recibir tal herida, la quimera fue rápida y respondió al ataque con una embestida que desplazó por los aires al valiente lyore, quién cayó metros atrás entre unos matorros. Leonard gruñó de dolor, pero no había sufrido nada grave, así que volvió a levantarse y agarrando de forma férrea su arma corrió hacia la bestia, que le recibió con una bocanada de aire flamígero. Pero Leonard no se acobardó, volvió a utilizar toda su leónica potencia y saltó por encima de aquellas llamaradas, alzándose sobre la bestia para luego blandir el arma cortando el aire de una manera que sólo los lyores más poderosos sabían hacer. Y cuando la claymore se hundió sobre la cabeza de la quimera y su cola serpentina dejó de aletear, Leonard supo que el combate había finalizado. Después, se acercó al comandante Dustin y lo ayudó a salir de entre la masa pegajosa, para después quitarse la armadura y respirar profundamente.

—Sois... —comenzó a decir Dustin maravillado—. Sois el guerrero más bravo y valiente que jamás haya contemplado. ¡Mis hombres y yo os debemos la vida!

—Los pocos que aún quedan vivos... —dijo Leonard, secándose el sudor de la frente con la mano—. He tenido suerte y una buena arma que usar.

—Y además sois humilde —dijo Dustin sonriendo—. Es inútil que intentéis quitar grandeza a vuestra hazaña, pienso asegurarme de que sea recompensada.

Dustin se acercó a Leonard y le ofreció un paño para limpiarse el sudor y la sangre, sin dejar de mirarlo con fascinación. Éste se limitó a mirarlo con detenimiento, pensando en qué palabras escoger para fraguar el plan que se le acababa de ocurrir.

—Decidme, pues ardo de curiosidad —dijo Dustin—, ¿de dónde sois? Vais vestido como un utgardo pero no parecéis uno...

Leonard miró fijamente al comandante y éste a él, mientras los soldados, heridos o ilesos, iban acercándose.

—Soy un svöldian —dijo Leonard, mirando de nuevo los carros.

—¡Pues claro! —exclamó Dustin—. Ese pelo rubio, esa fina musculatura... ¿De dónde ibais a ser si no?

—Me llamo Dranoel —dijo en tono seco Leonard—. Soy un soldado de élite al servicio de la reina Katrina.

—Ahora lo entiendo —dijo Dustin cabeceando—. La reina Katrina sabe lo de las criaturas y te ha enviado como ayuda.

Leonard asintió aunque no tenía ni idea de lo que Dustin le mencionaba. Éste sonrió y luego se dirigió a sus tropas.

—Si hoy sigo vivo, es gracias a este hombre. ¡Al igual que vosotros, compañeros! ¡Le debemos la vida a este hombre!

Los soldados utgardos lanzaron vítores hacia Leonard y éste sonrió débilmente, guardando su odio en lo más profundo de sí. Dustin recogió su espada y con la punta se cortó la palma de la mano, para luego tendérsela a Leonard.

—Estrecha mi mano, hermano —dijo Dustin.

Leonard miró aquella ensangrentada y oscura mano y luego la suya. Cogió la espada, se hizo un corte similar, y pensó en que había tenido suerte de no cortar justamente la mano con la llave de Freya.

—¡Sois testigos! —exclamó Dustin—. Desde hoy, Dranoel de Svöld y Dustin de Utgard son hermanos de sangre.

Leonard asintió. Acababa de salvar la vida, tal como había supuesto y planeado, de uno de los oficiales de mayor rango en el ejército utgardo, e incluso se había convertido en su hermano de sangre, con lo que tenía probabilidades de acercarse al rey.

Y cuando estuvieran juntos, lo mataría, en venganza por Midgard, Lyora y el buen anciano Warren.